

EL CABALLERO DEL LEÓN

Basada en una novela de Hartmann von Aue

FELICITAS HOPPE

Traducción del alemán de
Macarena Mohamad

 Siruela

Las Tres Edades

A mis cuatro intrépidos sobrinos

I
YVAIN

En el Bosque Eterno

¿Conocéis la historia de Yvain, el que un día, de puro aburrimiento, salió en busca de aventuras, cambió de corazón y por eso se volvió loco? Luego anduvo vagando por el Bosque Eterno y luchó contra miles de monstruos hasta que al final todo acabó bien.

¿Queréis saber cómo fue? Pues entonces escuchadme bien, porque nadie va a contaros esta historia mejor que yo, que estuve allí. Es una historia bastante antigua; tiene al menos mil años. Aunque también podría haber ocurrido ayer, cuando os metisteis en la cama y partisteis rumbo al país de los sueños.

A mí me encantan los sueños. Sobre todo después de ganar un combate o después de una buena comida. Estás arropado y satisfecho, medio dormido, y escuchas largas historias en las que el tiempo no importa. De todos modos a mí el tiempo nunca me ha importado; es probable que solo sea un invento de los maestros, y yo, de horarios de clases no sé nada.

Así que olvidaos de la escuela e imaginad un bosque, un bosque como los de los cuentos. Tenebroso, lleno de ruidos, lleno de animales peligrosos, invisibles. Es el bosque de hace mil años, el Bosque Eterno.

Un bosque interminable, sin caminos ni señales, donde hasta los caballeros y los reyes se pierden, y los árboles son tan altos que no dejan ver el cielo. No hay sol de día, ni luna de noche, ni tampoco estrellas.

Los únicos que lo conocen bien son los animales. Porque incluso de día este bosque es oscuro como boca de un lobo, tan oscuro que no se ve a un palmo de distancia. Para derrotar esa oscuridad, hay que tener mucha fuerza. Pero con la fuerza sola no basta; también se necesita coraje, un corazón recio y una espada contundente. Partiendo en dos la oscuridad con ella, uno aparece de repente en un claro.

Así que ahora imaginad el claro del bosque y, en ese claro, dos animales salvajes. Un magnífico león y un dragón terrible, luchando a muerte.

¿Vosotros decís que sabéis lo que es un león? ¿Que incluso habéis visto uno hace poco? Mirad que yo no estoy hablando de los leones del zoológico o del circo, esos que se sientan en un taburete, bostezan para mostrar los dientes y a veces, cuando el domador chasquea el látigo, saltan a través de aros con fuego.

Esos no son leones, son gatos grandes que fingen ser reyes. ¿Acaso alguno de esos gatos sabe realmente lo que significa luchar a muerte, enfrentarse cara a cara con un dragón?

Yo sí que lo sé. Porque, cuando digo un dragón, quiero decir un dragón. El más terrible de todos. El dragón del Bosque Eterno. Su aliento es de fuego, su lengua es un látigo, sus patas son columnas, sus pasos retumban como tambores y su cuerpo es una coraza de escamas y lodo.

Pero lo peor de todo es su hambre, porque el dragón del Bosque Eterno se pasa día y noche comiendo y nunca está satisfecho. No duerme ni sueña. Anda inquieto por el bosque y siempre está solo, porque todos le temen. Sus dientes son cuchillos, y su garganta es un abismo donde todo desaparece. Todo lo que respira, el dragón se lo devora.

Aunque yo en el infierno no he estado nunca, ni el infierno puede ser peor.

Pero el león es el rey de los animales, y un rey debe luchar; si no, no es un rey. Así que imaginad ahora cómo lucha el león con el dragón. Luchó con uñas y dientes, rugiendo y pegando, hasta que al final se quedó sin aire, porque el aliento del dragón lo tocó en el sitio donde todos albergamos la vida, o sea, en medio del corazón.

Pero cuando estaba a punto de morir, el león oyó de repente una voz. Una voz clara y potente que venía del borde del claro. Y, de la espesa niebla de humo y hedor, salió un caballero.

Y, cuando digo un caballero, quiero decir un caballero. Su caballo era blanco, su armadura era blanca, y empuñaba una espada. Una Espada Eterna. La mejor de todas. Ni muy grande ni muy pequeña, ni muy ligera ni muy pesada, la espada perfecta.

El que sabe cómo manejar una espada de esas puede partir con ella las tinieblas e incluso matar al dragón del Bosque Eterno. Y este caballero sabía muy bien cómo se maneja una Espada Eterna. Porque era el mejor de todos los caballeros.

El dragón reconoció enseguida al caballero y se dio cuenta de que le había llegado la hora. Pero no quería darse por vencido. Se puso de pie sobre sus patas traseras por última vez, por última vez escupió hiel y veneno, y lanzó el último grito de todos. Un rugido espantoso, tan fuerte y aterrador que de repente todo el bosque se quedó helado, como si se hubiera congelado.

Se quedaron helados los animales, los árboles, se quedaron helados todos los arbustos y todas las ramas, y las hojas en las ramas. Hasta el caballo del caballero se quedó helado. El único que no se quedó helado fue el caballero. Sin embargo, por más que azuzó y espoleó su caballo con las manos, con los pies, con palabras dulces, el caballo no se movió ni un milímetro.

¿Qué podía hacer entonces el caballero? No mucho. Solo se bajó del caballo y empezó a andar. Avanzó empuñando firmemente su Espada Eterna con las dos manos y no se rindió.

Y mientras el caballero sigue avanzando paso a paso y cara a cara con el dragón del Bosque Eterno, el Bosque Eterno contiene la respiración. Todo el mundo deja de respirar. Como si de pronto se hubiera detenido el tiempo.

Me creáis o no, lo que os digo es verdad: el caballero mató al dragón del Bosque Eterno de un solo golpe, lo

partió en dos de arriba abajo, con un corte limpio de la cabeza a los pies.

Y, al caer las dos mitades del dragón, salió de en medio una columna de fuego y humo que se elevó hasta el cielo a través del claro del Bosque Eterno.

Yo lo vi con mis propios ojos.